

Texto a Xesús R. Jares para el
XXII Encuentro galego-portugués de Educadores por la Paz
Vigo, 18-20 Abril 2008

GLOBALIZACIÓN y CIUDADANÍA

José Vidal-Beneyto

Queridos amigos:

Los médicos mandan sobre los enfermos y como todos los poderes, con el pretexto de proteger, oprimen. El ejercicio de esa opresión es el que me impide estar hoy con vosotros en Vigo, como había proyectado con la ilusión de poder participar en el *Encuentro de Educadoras y Educadores por la paz*, que considero un acontecimiento importante.

Y lo creo porque toda acción, toda iniciativa que, en el mundo contemporáneo, tenga la paz como objetivo es capital para la confirmación de la estabilidad y la armonía de nuestras sociedades. Pues la paz, que es al mismo tiempo un proceso y un resultado, un estado resultante, funciona como quicio mayor de la vida de las comunidades en sí mismas, y en relación con los demás. El progreso no cabe sin paz.

Hace cuarenta años un grupo de españoles antifranquistas nos acercamos a John Galtung y a su tarea pionera de educación a la paz e iniciamos una colaboración que incorporaba también la perspectiva ecológica entonces apenas emergente. Nuestra insistencia y entusiasmo acabaron atrayéndolo a tierras alicantinas donde se estableció, si recuerdo bien, en Alfaz del Pí y desde allí siguió irradiando doctrina y acción por todo el mundo. Digo esto para que quede claro que mi interés pionero e identificación con el objeto de este Encuentro no es fruto de la improvisación ni del oportunismo. Es más cuando Federico Mayor me invitó a incorporarme a su equipo de dirección, durante su mandato en la Unesco, hicimos de la educación a la paz uno de los principales contenidos de la Organización lo que se tradujo inmediatamente en materia de diversos programas.

Por otra parte, y quizá sobre todo, la paz tiene causa común con los derechos humanos y su entañamiento es tan profundo que los hace prácticamente

indistinguibles. Y los derechos humanos son el pilar mayor de la democracia, su más decisivo marco referencial y sin ellos cualquier expresión democrática es ininteligible. Esta es la razón por la que agredirlos es un atentado capital a la razón democrática del ser y del existir. Hace unas semanas el Presidente Bush opuso su veto a la decisión del Congreso de los Estados Unidos que prohibía a las Fuerzas norteamericanas hacer uso de la tortura, confirmando con ello la posibilidad de su práctica. Esta negativa a respetar la Convención Universal contra la tortura, que su país había suscrito, era una conducta absolutamente reprobable, que además legitimaba el uso de todo tipo de violencias degradantes por parte de cualquier facción en lucha en cualquier país del mundo. De lo que ha tomado buena nota y lo ha hecho saber Al Qaeda. Esta actuación de Bush nos llevó a publicar un artículo colectivo en el diario El País del pasado 5 de A abril, en el que 47 personalidades españolas del centro-derecha, que no podían ser invalidados por rojos y enemigos declarados de los USA, se pronunciaban contra esa incalificable agresión a los valores democráticos por parte del Presidente del país líder mundial de las democracias.

El tema previsto para mi intervención de esta mañana era *Globalización y Ciudadanía* y voy a evocarlo sumariamente pero presentando sin embargo lo que son para mí sus líneas fundamentales. Y dando la prioridad a la globalización porque considero que es el más maltratado de los dos. La mundialización/globalización y los procesos que han producido se han convertido en un referente unánime y permanente en la casi totalidad de los análisis sociales, económicos y políticos. El dúo que forman, ha devenido, se ha transformado así en el proceso central y responsable de casi todo lo que acontece, en la categoría mayor, que bien comprendida y analizada nos debe permitir, pretenden los expertos, dar cuenta del presente y del futuro del mundo. Interpretación que no comparto, pues la mundialización es esencialmente el conjunto de procesos de todo tipo a los que el desarrollo tecnológico de nuestras sociedades ha conferido una naturaleza mundial. Sin la tecnologización de la comunicación y la teletransmisión de datos y objetos la mundialización no hubiera podido existir. Pero esa posibilidad ha llegado a ser un hecho de realidad, gracias a la voluntad política de los países y de los gobiernos, al promover, sirviéndose de normas estatales y de medidas gubernativas, la circulación de todo tipo de mercancías, es decir bienes y capitales, así como de personas, mediante la acción de los agentes económicos y políticos. Estos, apoyados en la ideología del liberalismo económico convencional, han eliminado toda interferencia pública en las actividades y circuitos de la economía real y han renunciado, en consecuencia, a ejercer cualquier tipo de control en el funcionamiento de la sociedad.

La tecnología pues ha hecho posible la mundialización/globalización pero es la política (las políticas) quien la ha transformado en efectiva. Máxime cuando esa inverosímil expansión de lo técnico-tecnológico no sólo ha multiplicado y acelerado todos los intercambios económicos sino que transmutado el dinero, y

con carácter más general todos los medios de pago, en la mercancía por excelencia, que puede comprarse y venderse simultáneamente en todos los países del mundo –ubicuidad espacial- de manera instantánea y durante todo el tiempo – sin solución de continuidad, sin ruptura temporal alguna-. Esa conversión del dinero en mercancía ha sido una de las causas principales de la financiarización de la actividad económica. Lo que nos obliga a distinguir entre la mundialización que afecta en mayor o menor medida, como hemos dicho antes, a todos los procesos societarios –económicos, políticos, sociales, culturales etc.- y la globalización, término que deberíamos reservar tan sólo a lo financiero, único ámbito económico y social en el que la circulación y el intercambio son verdaderamente planetarios y en el que su cumplimiento y su realización son plenamente independientes y totales es decir sin intervención de otros factores o consideraciones que puedan restringirlos.

Entre otros Martin Wolf (*Why Globalization Works*¹), Jagdish Bhagwati (*In Defense of Globalization*²) y Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía en 2001, ex-economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial, antiguo asesor económico de Bill Clinton y profesor de las universidades de Yale, Oxford y Stanford, en sus dos principales obras sobre este tema *El malestar en la globalización*³ y *Cómo hacer para que funcione la globalización*⁴ se han centrado en el estudio del proceso globalizador pero elevando un producto social, un resultado, a la condición de sujeto colectivo mayor. Atribución que rechazo porque la mundialización/globalización no constituye un sujeto sino un objeto, no un actor sino un producto o si se prefiere la designación de un estado de cosas, resultado de un conjunto de condiciones sociales asumidas por los poderes de la sociedad, sobre todo los económicos y los políticos y encuadradas en un proceso autónomo, dirigido por esos poderes, nunca en lo que llaman los sociólogos una variable independiente. Más en breve, no son las determinaciones económicas las que han llevado a la globalización sino la voluntad política utilizando los avances de la técnica.

A la confusión derivada de la condición polisémica de la mundialización - al mismo tiempo un proceso, una práctica, una categoría de análisis, un resultado y un conjunto de condiciones estructurantes- ha venido a agregarse la utilización, como siempre, multiusos, a que se la ha destinado en el mundo mediático, lo que ha hecho de ella la salsa de todos los guisos explicativos de la sociedad actual. La generalización que esto ha supuesto tenía que llevarla, en un primer momento,

¹ Martin Wolf : *Why Globalization Works*, Yale University Press, 2005

² Jagdish Bhagwati : *In Defense of Globalization* Oxford, 2004

³ Joseph Stiglitz : *El malestar en la globalización*³ Taurus, 2002

⁴ Joseph Stiglitz : *Making Globalization Work*, W. Norton & Co, 2006 - *Cómo hacer para que funcione la globalización* *Cómo hacer para que funcione la globalización* 2006, Trad. A. Diéguez, PG Crespo, multimedia.fnac.es

necesariamente a la trivialidad, y después a su impugnación. Por otra parte su gran agente, la empresa multinacional, de vocación y alcance planetario esta sometida hoy, como todas las empresas, a una doble implosión, por arriba, con la desaparición de sus creadores y propietarios, sustituidos por los accionistas en una primera fase y después por colectivos anónimos e intercambiables llamados fondos de inversión ; y, por abajo por la volatilidad de sus empleados, objeto de la más radical precariedad, sentados todos en sillas eyectables, por lo que resulta imposible que puedan identificarse con la empresa, y menos aún considerarse parte de ella. Sin patronos conocidos, sin obreros fijos, amenazada de una imparable desrealización en sus contenidos, tanto en bienes como en servicios, perdidas sus referencias permanentes, su única seguridad es la actividad financiera y su más previsible localización es la Bolsa de valores.

Ahora bien la realidad de los pueblos y de los ciudadanos es imposible reducirla y aún más identificarla con un ámbito y una actividad tan particulares como los financieros y bursátiles, cuya entidad y funciones son hoy muy determinantes aunque les sean totalmente ajenos. De aquí la absoluta necesidad de intentar enmarcarlos en una perspectiva más asequible comenzando por una lectura de la globalización minimamente operativa. Muchos pensamos que la lectura y la vía que puede aproximarnos a ese propósito es el de la macroregionalización del mundo. Pero esa macroregionalización tiene que estar dirigida e impulsada por una estructura de poder de condición mundial que equilibre la omnipotencia de las sociedades multinacionales y que obviamente no puede adoptar ni la naturaleza ni las maneras de un gobierno, porque un gobierno sólo es coherente e inteligible si tiene como espacio de ejercicio un Estado, y el mundo ni es un Estado ni seguramente conviene que llegue a serlo. Como tampoco puede conformarse con los modos blandos de la gobernanza que el social-liberalismo de Tony Blair y de su ideólogo Anthony Giddens, después de haber negado el conflicto social y olvidado el antagonismo de las clases, nos proponen como receta mágica. La sociología crítica del poder político ha recuperado el término español de *gobernación*, entendido como un entramado de poderes plurales y múltiples, de niveles muy diversos y en permanente proceso de gestación, inspirado por un conjunto de principios y valores con algunas estructuras que no tengan la capacidad coercitiva que tienen los Estados nacionales, pero que de alguna forma sirvan de apoyatura para la concreción y el ejercicio de esos grandes principios ordenadores.

La simbolización y el uso de los símbolos, asociados a la dominación mediática a que nos hemos referido antes, tienen una capacidad de influencia casi irresistible, como comprobamos en nuestro vivir cotidiano a propósito de la simbología terrorista y contraterrorista –la mitologización del miedo y de la seguridad- que en nuestro mundo acucillado y postmoderno nos reducen a la condición de víctimas consintientes. La mundialización de la información, con las grandes agencias occidentales y CNN imponiendo por doquier la representación

americana del mundo, sus valores y sus costumbres, que, con pocas excepciones, tan complacidamente se reciben en nuestras latitudes, han producido una supremacía mediática insoportable de esos símbolos, sobre todo en los países del Sur. Porque como dice Dominique Wolton, no se pueden mundializar los públicos que son distintos según áreas y culturas. Ni se puede ni además es compatible con el *credo* democrático del pluralismo, de la diversidad y de la autonomía que defendemos. Y ahí esta nuestra contradicción. Por eso, sin aceptar hasta el final el argumento de Baudrillard de que toda estructura de dominación mundial secreta su antidispositivo destructor y produce de forma automática la reversión autodisolutoria de su propio poder es, en buena medida, cierto que, agregada a la acción criminal de los terroristas, la pulsión de muerte -la propia y la de los demás- co-responsable de la explosión de las Twin Towers, es indisoluble de la existencia de un poder hegemónico total que niega sus propios valores al reducir el mundo a su realidad y a la de su imagen. Ir más allá de ese autismo suicida es condición inexcusable de nuestra supervivencia. Para ello necesitamos que la globalización simbólica sea plural. No la norteamericana aldea global de McLuhan sino millones de aldeas reales y distintas, en centenares de ámbitos micro, meso y macroespaciales, globalmente accesibles y presentes.

Esa responsabilidad simbólica, a la que he constituido en tema capital de mi largo texto *Habitar la globalidad*, destinado a la presentación del catálogo de la ambiciosa exposición *Construir, habitar, pensar* del IVAM de Valencia, afecta también de manera cardinal el por qué y el para qué del *think-tank* para el progreso solidario que es la Asociación de Educadoras y Educadores por la paz. Cuyo trabajo es una excelente ejemplificación de intervención ciudadana. Y la ciudadanía, más allá de su dimensión jurídico-institucional es sustancialmente la consecuencia y el ejercicio de una pertenencia comunitaria que sólo puede cumplirse mediante la efectiva participación en el quehacer de lo que todos tienen en común. Los capítulos segundo y tercero del breve y excelente libro de Loïc Blondiaux, *Le nouvel esprit de la démocratie*⁵, nos ayudan a abordar la diversificación actual del ideal participativo y el difícil tratamiento de la crítica de la democracia participativa de base. En cualquier caso la problemática de la participación nos libera del gueto vicioso y estéril del voto y las elecciones como los únicos comportamientos democráticos que cuentan. Estamos refundando la democracia.

⁵ Loïc Blondiaux, *Le nouvel esprit de la démocratie* - Editions du Seuil, 2008